El relato de una odisea sobre la resistencia, el ingenio y la brutal determinación de un náufrago por sobrevivir más de un año en alta mar

JONATHAN FRANKLIN

Salvador

La increíble historia de Salvador Alvarenga y sus 438 días a la deriva

alienta
EDITORIAL

Jonathan Franklin

Salvador

La increíble historia de Salvador Alvarenga
y sus 438 días a la deriva

Traducido por Isabel Murillo

alienta
EDITORIAL

Título original: *438 Days*
Publicado por Atria Books, sello editorial de Simon & Schuster, Inc., Nueva York, 2015

© 2015 Jonathan Franklin
© de la traducción Isabel Murillo, 2016

© Centro Libros PAPF, S.L.U., 2016
Alienta es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.
Grupo Planeta
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16253-83-8
Depósito legal: B. 20.743-2016
Primera edición: noviembre de 2016
Preimpresión: victor igual, sl
Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

1. LOS CAZADORES DE TIBURONES 15
2. UNA TRIBU TORMENTOSA 33
3. EMBOSCADA EN ALTA MAR 55
4. BÚSQUEDA SIN SALVAMENTO 75
5. A LA DERIVA 85
6. CAZADORES RECOLECTORES 109
7. UNA LUCHA POR LA VIDA 131
8. NADANDO CON TIBURONES 153
9. ENCUENTROS CON UNA BALLENA 167
10. DE CAMINO HACIA NINGUNA PARTE 187
11. UN AÑO EN EL MAR 203
12. OTRA MUERTE LENTA 209
13. EL GALLO 225
14. ¿QUIÉN ES ESTE SALVAJE? 239
15. ENCONTRADO PERO PERDIDO 257
16. ATACADO POR LAS CUCARACHAS 271

17. LA LLAMADA DEL MAR 283

EPÍLOGO DEL AUTOR 301
NOTA SOBRE CRONOLOGÍA Y MAPAS 305
NOTA SOBRE TRADUCCIONES 307
AGRADECIMIENTOS 309

1. LOS CAZADORES DE TIBURONES

Se llamaba Salvador y llegó con los pies ensangrentados, diciendo que buscaba trabajo, cualquier cosa con la que poder empezar, pero según los que vieron al recién llegado, parecía un fugitivo.

Salvador Alvarenga había estado caminando durante seis días seguidos por el rocoso litoral de México hasta encontrar la pequeña localidad de Costa Azul. Llevaba sólo una pequeña mochila y tenía la ropa hecha jirones. Pero desde el momento en que llegó al lugar, en otoño de 2008, se sintió embargado por una profunda sensación de alivio. Los manglares, los maizales, el tempestuoso océano y la laguna protegida del mar abierto le recordaban su hogar en El Salvador, con la diferencia de que allí nadie quería matarlo. La comunidad del pueblecillo costero tenía unos pocos centenares de habitantes, aunque estaba densamente poblada por bandadas de aves migratorias, muchas de las cuales llegaban

a aquel lugar después de realizar su viaje anual hacia el sur, de más de tres mil trescientos kilómetros, desde tierras californianas. Miles de tortugas marinas nadaban hasta allí desde las zonas de los grandes bancos marinos para desovar y emigrar y algunas de ellas realizan luego un recorrido de veinte mil kilómetros para cruzar todo el Pacífico y llegar hasta China. El pueblo era en parte un paraíso del ecoturismo y en parte algo parecido al Salvaje Oeste, el escondite ideal para un hombre que intentaba huir de su pasado e iniciar una nueva vida.

De sonrisa fácil y siempre dispuesto a echar una mano, Alvarenga, un hombre de cara redonda y piel clara, llegó sin visado ni permiso de trabajo, razón por la cual se hizo pasar por mexicano. Defendía con vigor su mentira cuando alguien cuestionaba su relato. En una ocasión, cuando unos policías mexicanos lo pararon y sugirieron que era extranjero, Alvarenga respondió con una estrofa del himno nacional mexicano.

> «¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
> de la patria manchar los blasones!
> ¡Guerra, guerra! Los patrios pendones
> en las olas de sangre empapad.»

Alvarenga cantaba muy mal y su sobredosis de confianza no hizo más que empeorar la cosa. La interpretación sonó desafinada, aunque rebosante de orgullo nacional. Convencidos por el entusiasmo de la improvisada actuación, los policías lo dejaron marchar.

Costa Azul es un rincón perdido de Chiapas, el estado más pobre de México y una región donde los inmigrantes no suelen detenerse en su largo camino hacia el norte, rumbo a Estados Unidos. Pocos de los que llegan allí ven una

salvación en la maltrecha economía local. Pero Alvarenga, de treinta años de edad, no buscaba una tierra: tenía la mirada clavada en el océano Pacífico y la tenía clavada allí desde que, con sólo once años, había abandonado la escuela para irse a vivir a la playa con amigos. Costa Azul no sería su hogar, pero sí su base de operaciones. Desde allí se lanzaría al mar para realizar periplos de varios días hasta los caladeros más ricos que aún quedaban entre los explotados ecosistemas costeros mexicanos.

Aislados de la furia del océano Pacífico por una isla de varios kilómetros de longitud que crea una laguna natural, y rodeados por la enmarañada vegetación de los manglares, miles de peces llenan aquella laguna de postal y descubren el error fatal que han cometido cuando ya es demasiado tarde y son atravesados vivos por el pico afilado como un cuchillo de la garza azulada o aplastados por las mandíbulas de un cocodrilo. Como las aves migratorias, Alvarenga se sintió enseguida atraído hacia la resguardada laguna y sus interminables reservas de peces de fácil captura. Desde lejos, resplandecía como un refugio. Mientras terribles tormentas rugían en alta mar, los manglares absorbían y protegían aquella pequeña comunidad. Como el ojo de un huracán, la belleza de Costa Azul tenía la misteriosa habilidad de camuflar el peligro inminente.

«Salir a la mar puede parecer sencillo, pero es un monstruo al que tienes que enfrentarte —explica un colega de Alvarenga al que todos conocen como Hombre Lobo—. Si vas a enfrentarte al mar, tienes que estar preparado para cualquier cosa que pueda arrojarte, desde el viento hasta una tormenta, pasando por cualquier animal enorme capaz de engullirte; todo son peligros. La gente sale tranquila a realizar pequeños periplos siguiendo la costa, pero eso no es el océano. El océano está allí, cuando superas los ciento

veinte kilómetros. La gente que vive aquí en la playa vive bien, se acuesta en una cama de verdad, pero allá fuera, allá sientes terror. Lo notas incluso en el pecho. El corazón te late de otra manera.»

A pesar de que Alvarenga llegó a Costa Azul sorteando las escarpadas rocas de la costa y atravesando zonas pantanosas, casi todo el mundo lo hace por una estrecha carretera asfaltada que parte de la autopista 200, que recorre toda la costa. La carreterita de once kilómetros y medio termina en el paseo marítimo de Costa Azul y ofrece dos opciones que dividen la población. Si giras a la derecha, encuentras instalaciones turísticas de aspecto chic y con ínfulas ecologistas donde sirven comida mexicana sosa, margaritas a doce dólares y ofrecen tours privados de avistamiento de aves que aprovechan la debilidad de los turistas británicos por acumular listas personalizadas de pájaros vistos con sus propios ojos. Las playas de arenas blancas y sembradas de palmeras atraen a esos turistas con la promesa de intimidad y de un escenario virgen con colibríes, espátulas rosadas, águilas pescadoras y docenas de especies más que aletean y vuelan con destemplanza. Los camareros deben de cuestionarse si es muy inteligente dejar que los niños de los turistas jueguen a orillas de la laguna, lugar que visitan con frecuencia cocodrilos del tamaño de una furgoneta, pero como nunca se les anima a expresar su opinión a los turistas ni a recalcar los peligros locales, se guardan los comentarios para sus adentros. La mayoría de las casas que hay entre los hoteles han sido adquiridas por hombres de negocios y políticos que visualizan todo aquello convertido en una mina de oro turística en cuanto México se libre de su reputación de Estado narco y criminal, donde de vez en cuando lanzan bombas incendiarias en los bares y decapitan a camareras. Ése es el lado bonito del recorrido.

En el lado izquierdo del pueblo hay una hilera de humildes cabañas de pescadores y un muelle con una docena de barcas en forma de canoa, de siete metros y medio de eslora y capaces de alcanzar los ochenta kilómetros por hora, sobre todo cuando van propulsadas por un par de motores fuera-borda Yamaha de setenta y cinco caballos. Es la parte de la población por donde llegó Alvarenga. Tenía una década de experiencia como pescador a sus espaldas y confiaba en encontrar un patrón dispuesto a darle un empujón a su sueño de toda la vida: ser capitán de un pequeño barco de pesca. Pero necesitaba ir poco a poco. Las gentes que visitan un barrio de tipos duros como aquél se enfrentan de inmediato a las miradas y a un puñado de preguntas básicas. «¿Quién eres? ¿Qué quieres?» Como un bar frecuentado por gente del IRA en Irlanda o algunos restaurantes italianos en el North End de Boston, Costa Azul conserva una lealtad tribal insular que une a todos los hombres. Las visitas casuales no existen por aquellos lares. Un pescador sugiere por qué el ambiente es tan tenso: «¿Quiere ver lo que sucede de verdad en la región de Chiapas? Acérquese a la isla a las dos de la mañana y verá la cantidad de narcobarcos que ponen rumbo norte; en esta costa se mueven dos millones de dólares en cocaína cada noche. Toda la policía del estado de Oaxaca [justo al norte de Chiapas] está sobornada».

Alvarenga no era un narco y, a pesar de la riqueza que la aventura prometía, tampoco estaba dispuesto a transportar cocaína ni siquiera de vez en cuando. En alta mar, frente a las costas de México, había visto el salvaje destino de los pescadores que se la jugaban en el negocio de «Los Kilos» y acababan a malas con los señores de la droga. En una ocasión se había acercado con la lancha a motor hasta una barca de pesca medio hundida y había descubierto que el casco estaba acribillado por las balas. Había intentado remolcarla

hasta casa pero se había hundido. No había ni rastro de la tripulación. Ser devorados vivos por los tiburones era probablemente la forma menos violenta de morir que podían haber encontrado. Al menos, los tiburones no torturaban.

Cuando llegó a Costa Azul, Alvarenga habló poco. Sus actos hablaron por él, puesto que encontró una escoba y se puso a barrer las calles, a recoger basura del muelle y a construirse una casa bajo un árbol. Cuando se abrió un poco más a la gente del lugar, su entusiasmo, su generosidad y su disposición a echar siempre una mano a los pescadores, así como su diligente trabajo como barrendero en la parte turística de la población, impresionaron a los lugareños. «Sin que nadie le dijera qué tenía que hacer, te echaba una mano, siempre ayudaba. Así es como acabas ganándote a la gente», recuerda Jarocho, un veterano pescador que trabaja en Costa Azul. Alvarenga era demasiado aseado y demasiado organizado para ser un vagabundo, pero compartía pocos detalles personales sobre su pasado. Cuando lo hacía, era un narrador asombroso, deseoso y capaz de entretener al público con sus reveladoras historias sobre sus aventuras en el mar.

Era un tipo fornido y musculoso y un patrón empezó a pagarle por su trabajo en comida. Luego pasó a darle unos cuantos billetes de cincuenta pesos [cuatro dólares] y, antes de que hubiera acabado el primer mes, obtuvo un puesto como pescador ayudante. «El trabajo de reparar las líneas de mano es aburrido, pero a él le gustaba hacerlo perfecto —recuerda Jarocho—. Me decía: "Jefe, jefe, aquí faltan veinte anzuelos". Y si las líneas de mano no estaban bien guardadas, las desplegaba y volvía a plegarlas. Decía: "Esto es lo que da dinero; si aquí falta un anzuelo, se pescará menos". Siempre prestaba atención a los detalles.»

El objetivo de Alvarenga en Costa Azul era sumarse a su

clan de un centenar de pescadores. La laguna resguardada les permitía evitar la furia de los vientos estacionales que se forman en el océano Atlántico y el mar Caribe pero que, debido a una peculiaridad geográfica, azotan también con fuerza en la costa pacífica de México. Las tormentas se inician en el golfo de México, viran hacia el sudoeste y los vientos se cuelan por el estrecho paso de la cordillera de Sierra Madre. Ese cuello de botella duplica o triplica la velocidad del viento, lo que significa que una brisa fresquita de treinta kilómetros por hora en el mar Caribe se transforma en esas rachas de cien kilómetros por hora que los científicos describen como «una corriente en chorro».

El chirriante túnel de viento descarga en el golfo de Tehuantepec, una zona situada frente a Costa Azul. Alvarenga había estado pescando durante años más al sur, cerca de la frontera guatemalteca, pero sabía que el legado mortal de aquellas tormentas se calculaba en barcos perdidos y pescadores desaparecidos. Había escuchado historias para no dormir que relataban la pesadilla de verse atrapados por esos vientos que los locales conocían simplemente como «El Norteño». Los vientos del norte eran tan frecuentes que los noticiarios locales ni siquiera se tomaban la molestia de ponerles un nombre, como Katrina o Sandy, sino que se referían a ellos como Frente Frío número seis o Frente Frío número veintiséis, y avisaban a los pescadores de que se quedaran en puerto.

Este túnel de viento es tan destacado y está tan bien señalizado en las cartas náuticas que los veleros suelen desviarse centenares de kilómetros para evitar los temibles vientos del Golfo. «Durante los meses de invierno [...] puedes esperar tempestad casi a diario [...] los vientos de entre cincuenta y sesenta nudos [noventa y ciento diez kilómetros por hora] son habituales —puede leerse en una descripción de

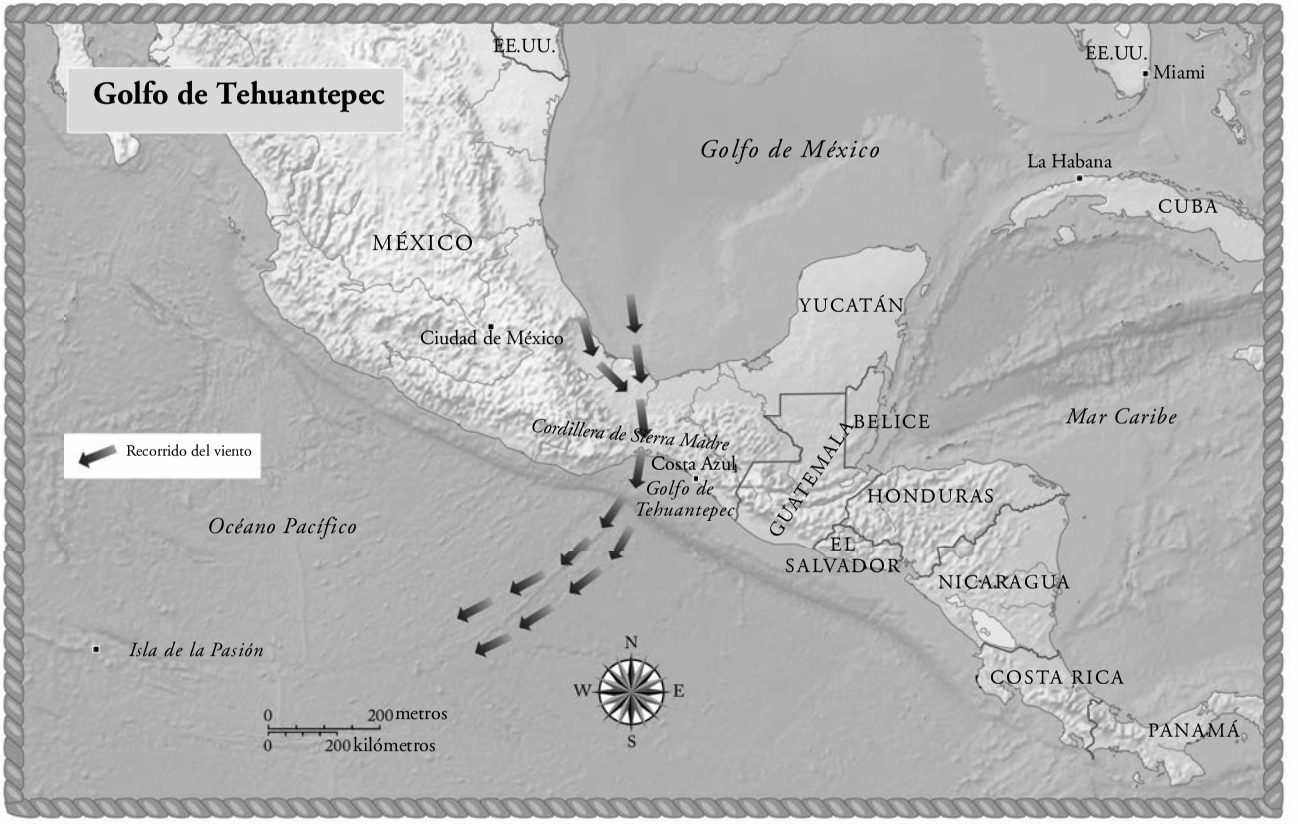
Roads Less Traveled, una guía online de viajes muy respetada—. Cada año, cuando el viento muestra su lado más malévolo, desafortunadas embarcaciones, tanto de gran calado como de pequeño, quedan atrapadas en las aguas de un golfo de trescientos treinta kilómetros de extremo a extremo. Ni siquiera los barcos más grandes pueden resistir la fuerza de los vientos de tormenta y las encabritadas olas que levantan. A los barcos no les queda otra alternativa que navegar a favor del viento y armarse de valor para soportar un largo y aterrador viaje hacia el sur y mar abierto que se prolongará entre trescientos y cuatrocientos cincuenta kilómetros, momento en el cual los vientos de Tehuantepec empiezan a amainar.»

Si alguna vez hubo un lugar donde no adentrarse en el mar a bordo de una embarcación fácil de volcar, era éste. Pero en Chiapas el trabajo escasea. La sobreexplotación ha diezmado la población pesquera en todas las costas de México y América Central. El pescado de más valor, o lo que queda de él, se aleja hacia alta mar. Y los pescadores lo siguen. Para llenar la nevera, los pescadores tienen que alejarse ochenta, cien e incluso más de ciento cincuenta kilómetros de las costas de Chiapas. Sólo después de un peligroso periplo de cinco horas rompiendo olas pueden apagar el motor, lanzar unas líneas de mano que superan los tres kilómetros de longitud y armadas con hasta setecientos anzuelos y esperar que pique el atún, el dorado, el pez espada y los tiburones. Los tiburones son la captura favorita. A diferencia de otros países donde sólo se venden las aletas, en México el filete de tiburón es una oferta tradicional en el menú de muchos restaurantes. A pesar de los intentos de preservación de la especie y de las evidencias del declive que sufre su población, en las peligrosas aguas del golfo de Tehuantepec se capturan miles de toneladas de tiburones.

Como recompensa por los riesgos, los pescadores reciben sueldos irrisorios. Viven en el furgón de cola de una economía global que sirve filetes de atún de doscientos gramos a veinticinco dólares en los restaurantes turísticos de Costa Azul y paga por ellos a los pescadores sólo veinticinco céntimos de dólar. Pero cuando abunda el pescado, y con turnos de sesenta horas seguidas, un hombre puede embolsarse doscientos cincuenta dólares; entonces el fervor y la fiesta que estallan en la zona izquierda de Costa Azul no conocen límites. Como la banda de parias y marginados de la sociedad que son, están vinculados por una unidad tribal y por las reglas y los instintos mortales de los cazadores profesionales. Hombre Lobo explica la filosofía en términos simples y letales: «La pobreza te lleva a hacer cosas raras. La gente pobre hace lo que sea con tal de conseguir comida. Si no hay otro trabajo que pescar en alta mar, ¿qué otro remedio te queda?».

Como los pescadores de todos los pueblos del mundo, las tripulaciones que zarpan de Costa Azul se enfrentan a un futuro incierto: abandonar la pesca o adaptarse, cada pocos años, a la realidad de la sobreexplotación pesquera y adentrarse cada vez más en el mar. Alvarenga se decantó por esta última opción. No lo consideraba un riesgo. Prefería vivir en el agua. Durante sus primeros treinta años, vivir en tierra le había aportado tantas satisfacciones como problemas, algunos de ellos con consecuencias casi fatales, como claramente atestiguan un par de profundas cicatrices en la cabeza y los brazos.

La reyerta en el bar fue en parte por su culpa —Alvarenga estaba borracho y con ganas de pelea aquella noche en el bar de El Salvador—, ¿pero cuatro hombres contra uno? ¿O fueron seis contra dos? Alvarenga no tenía ninguna posibilidad de ganar la pelea y, no contentos con machacarlo


Golfo de Tehuantepec
EE.UU.
EE.UU.
Miami
Golfo de México
La Habana
CUBA
MÉXICO
YUCATÁN
Ciudad de México
Cordillera de Sierra Madre
BELICE
Mar Caribe
Recorrido del viento
Costa Azul
Golfo de Tehuantepec
GUATEMALA
HONDURAS
Océano Pacífico
EL SALVADOR
NICARAGUA
Isla de la Pasión
N
W
E
S
COSTA RICA
0 200 metros
0 200 kilómetros
PANAMÁ

a puñetazos y tumbarlo en el suelo, los gamberros lo sacaron del bar, le clavaron varios navajazos y lo abandonaron en la calle, dándolo por muerto. Cuando su madre acudió a recoger a su hijo, rezó una oración y llamó a un sacerdote, convencida como estaba de que su hijo iba a morir. Pero Alvarenga luchó. Al principio no perdió la consciencia, y consoló a su madre, le dijo que resistiera, que no pensaba marcharse aún.

Alvarenga recibió once navajazos y acabó con tres costillas rotas y conmoción cerebral. Sus recuerdos de aquel relevante suceso son vagos y se limitan a despertarse en la habitación de un hospital cubierto de vendajes. Los doctores se quedaron sorprendidos de que sobreviviera. Tres semanas después, cuando volvió a su casa en el pequeño pueblo de Garita Palmera, tuvo otra sorpresa. Durante su ausencia, alguien le había rajado el cuello a uno de sus atacantes. Había empezado una guerra de venganza y Alvarenga era, supuestamente, el siguiente en la lista. El Salvador tiene una tasa de homicidios que normalmente supera la de Bagdad o Kabul. Alvarenga conocía perfectamente bien el dicho «Pueblo chico, infierno grande» y temía morir asesinado antes de que el año tocara a su fin. Sus amigos le instaban a huir y lo tachaban de imbécil por permanecer allí un solo día más. Alvarenga intentó salir adelante en el pueblo, pero la sombra de la violencia seguía acechándolo. Huyó, y no sólo del pueblo sino también del país. Dejó de correr al llegar a Guatemala, donde vivió bajo un nombre falso, y luego emigró a México. Había dejado atrás toda su vida, incluidos su novia, sus padres y Fátima, su hija de un año.

Continuó su huida y encontró refugio a bordo de barcos. Alvarenga nunca se sintió seguro en tierra, como si el suelo firme fuera una ilusión para un planeta que siempre gira. Su hogar estaba en el balanceo de un barco, lejos de la costa y

de su publicidad engañosa predicando estabilidad. En el mar se sentía libre.

Subiendo poco a poco de escalafón durante sus cuatro años de estancia en Costa Azul, Alvarenga hirió alguna que otra susceptibilidad cada vez que cambiaba de jefe en busca de su equilibrio ideal de independencia, ingresos y trato digno. «Te diré una cosa. Protejo a mi familia por encima de todo y lo invité a comer a mi casa. ¿Por qué? Porque parecía y se comportaba como una buena persona. Le dije que podía dormir en mi casa y le montamos un camastro», dice Jarocho. Al final, en un privilegio excepcional entre los de su tribu, Alvarenga fue premiado con una vivienda sólo para él.

Con el tiempo, varios patrones de barcos de pesca compitieron para convencer a Alvarenga de que dejara a su jefe. Lo tentaban constantemente con ofertas de un barco nuevo, nuevas líneas de mano y nuevos aparejos como contrapartida a cambiar de equipo y de puerto base. Pero Alvarenga estaba satisfecho con su puesto; ganaba lo suficiente para hacer realidad sus modestas fantasías y, a diferencia de lo que sucedía en El Salvador, su país natal, la violencia en México se centraba en torno al narcotráfico y sus fácilmente identificables tentáculos. Si evitaba ese mundo, podía disfrutar del sencillo anonimato de la vida en Costa Azul.

Alvarenga tenía libertad para trabajar todo lo duro, todas las horas y todo lo esporádicamente que su estilo de vida alegre le permitiera. Durante sus cuatro años en Costa Azul, rara vez se vio involucrado en peleas o incidentes desagradables. Ray, su compañero de pesca durante mucho tiempo, explica: «Nunca lo vi meterse en ninguna pelea, excepto cuando unos tipos empezaron a romper el mobiliario de Doña Mina [un restaurante del pueblo]. Hubo una pelea

con cadenas y me quedó claro que el tipo sabía defenderse. Pero era amigo de la broma, el alma de la fiesta».

La propia historia escabrosa de Alvarenga, sumada a una década de ver a colegas acabar en la cárcel por estar borrachos, lo había convencido de que era más seguro beber e ir de fiesta con unos pocos amigos de confianza que meterse en las cantinas inundadas de tequila que sus compañeros de pesca frecuentaban. Para Alvarenga, el suyo era el estilo de vida ideal. Cuatro días de borrachera seguidos por diez días de pesca sin parar. O viceversa. Las resacas eran intrascendentes en aquella etapa de su vida; o se las sacaba de encima bebiendo más o se sometía a un ayuno de dos días durante los cuales su organismo purgaba todo el alcohol a través de los poros. A pesar de los brutales turnos de treinta o sesenta horas de trabajo en alta mar, nunca se quejaba. El optimismo era su principal característica. «Aunque no capturara más que un par de peces, una fortuna que entristecería a la mayoría, siempre volvía feliz —dice Belarmino Rodríguez Beyz, su supervisor directo en tierra, antiguo compañero de trabajo y buen amigo—. Aunque llegara a puerto sin nada, siempre gritaba lo mismo cuando amarraba el barco: "Lo he bordado, lo he bordado a la perfección".» Ignorante o inmune a los males del mundo, Alvarenga vivía en paz, era el típico tipo que ronca en un autobús, que deja caer la cabeza sobre el hombro del vecino en el cine o que sueña bajo un árbol en el parque.

Poco sofisticadas tecnológicamente y peligrosas, las actividades pesqueras en Costa Azul permitían a los hombres jugar con su vida y su fortuna. Ningún patrón ordenaría jamás a sus empleados hacerse a la mar si había predicción de Norteño pero, a diferencia de los puertos comerciales de mayor tamaño que se encuentran a lo largo de toda la costa mexicana, en Costa Azul no había ningún jefe de puerto

con capacidad para impedir que los barcos zarparan cuando el tiempo se volvía escabroso. Cada hombre era libre para calcular (o errar en el cálculo) el ratio coste-beneficio que el riesgo le comportaba, para decidir si quedarse en tierra o echarse a la mar. Alvarenga, un hombre sencillo pero generoso que apenas sabía leer y que sólo sabía escribir su nombre, disfrutaba en aquel mundo de marineros a la antigua. La belleza estaba en su simplicidad. Una línea de mano larguísima con setecientos anzuelos. Una barca de pesca. Un compañero. En la cubierta de su barca tenía los ingredientes de su vida: un surtido de cuchillos, cubos y utensilios manchados de sangre. El hombre contra los elementos. Encajaba en su estilo de vida. «Cuando eres un pescador de verdad, te enamoras del océano —decía Alvarenga—. Hay pescadores a los que les gusta salir un día y luego quedarse en tierra al siguiente, pero a mí no. Me echaba a la mar tan pronto y con toda la frecuencia que podía, a menos que los patronos me dijeran que no lo hiciera. Es amor porque el océano te da alimento, te proporciona dinero y es una costumbre. Cuando amas el océano, amas la adrenalina, la energía. Batallas contra el océano. Es tu enemigo. Compartes combate con él y peleas. Puede matarte, pero tú desafías a la muerte.»

Alvarenga se jugaba la vida cada vez que ignoraba las advertencias que le aconsejaban quedarse en puerto y se aventuraba en el mar en busca de capturas y de un nuevo jornal. Confiaba en sortear el oleaje y siempre llegaba a casa con la nevera llena hasta los topes, sus casi quinientos kilos de pescado fresco, una prueba patente de su habilidad y su coraje. Cuando otros pescadores volcaban, naufragaban o desaparecían, Alvarenga siempre estaba entre los primeros que se presentaban voluntarios para salir en su busca, arriesgando su vida en ello. Su valentía lo convertía en un hombre muy atractivo para las mujeres del pueblo. Alvarenga siempre

reía al describir el caos que se producía cuando sus novias se cruzaban delante de su humilde casa. «Mi jefe, Mino, me hablaba por radio desde tierra y me decía, "¡Atención! ¡Atención! ¡Hay un montón de mujeres delante de tu palapa!". Cuando pasaban estas cosas, era mejor quedarse en el mar.»

La tarde del jueves 15 de noviembre de 2012 fue un momento que celebrar. Repartidos entre dos camiones y cubiertos de hielo, había mil ochocientos kilos de pescado fresco de alta mar: atún, pez espada, dorado, pez martillo y tiburón zorro. A ciento sesenta kilómetros de la costa, donde sólo los pescadores más valientes se atrevían a llegar, todo picaba. A un precio de mercado de veinte pesos mexicanos el kilo y restándole el cincuenta por ciento de las ganancias para el jefe y los elevados gastos de gasóleo, los hombres se embolsarían unos ciento cincuenta dólares por cabeza. En una economía donde una comida para dos salía por cuatro dólares y una habitación en un hotel frente al mar costaba siete dólares la noche, cada hombre se llevaba una buena pasta.

Los compañeros se reunieron y empezó la fiesta en la playa. En vez de tres días de borrachera, los hombres decidieron tomárselo a medio gas. Con tanto pescado picando, prácticamente todos tenían pensado beber sólo hasta las dos de la mañana, dormir unas horas y echarse de nuevo a la mar después de desayunar. Había predicción de tormenta del norte, lo que significaba ráfagas de viento seco, que a veces podían alcanzar la fuerza de un huracán, pero sin lluvia. Era seguramente la última oportunidad en muchos días y ya tendrían tiempo de sobra de correrse juergas serias mientras esperaban el paso del frente frío.

Alvarenga y sus amigos se repantigaron en hamacas en el interior de la cabaña. El patio estaba lleno de latas de cerve-

za Corona, botellas de tequila y botellas de plástico de medio litro con quetzal, un licor barato obtenido a partir de la fermentación de cereales. En un teléfono móvil sonaba reggaetón y los hombres se lamentaban de la eterna falta de mujeres solteras. Habían comprado marihuana suficiente para dejar colgado al batallón sesenta y uno del ejército mexicano que, debido a una intensificación de la guerra de la cocaína, estaba apostado en la carretera. Porros gordísimos, como sacados de una película de Jimmy Cliff, circulaban por la estancia. Dos bombillas peladas se balanceaban al ritmo de la brisa nocturna. Las iguanas paseaban por el tejado transmitiendo un ruido sordo con sus pisadas. Chotacabras y lechuzas cazaban sus presas mientras murciélagos de la fruta volaban en círculo entre las palmeras. *Loony*, un cocodrilo gigante, estaba dando su habitual paseo de medianoche por la laguna, sus ojos de un rojo intenso por el reflejo de las luces del muelle.

La cháchara entre los hombres consistía en una interminable retahíla de argot, palabrotas y bromas que sólo ellos entendían. Alvarenga era conocido por todos como Chancha —una versión cariñosa de «cerdito»— por su hambre voraz. Mino, su supervisor, lo describe como un hombre que comía prácticamente cualquier cosa que estuviera casualmente cerca de la parrilla. «Acababa de asarse un atún y ya tenía un dorado abierto en canal y listo para cocinar [...]. Comía y comía y no engordaba. Yo siempre le decía, "Chancha, debes de tener parásitos".» Otros compañeros sugieren que el apodo de Alvarenga era una referencia al color de su piel. A diferencia del tono tostado de los pescadores de la zona, la piel de Alvarenga tiraba más a rosado, como la de un cerdito.

A pesar de que se habían pulido todos los platos de una impresionante comida, la marihuana provocaba un hambre

de locos. Con avaricia, pero con buen humor y camaradería, los pescadores hostigaron a su patrón, Willy, para convencerlo de que comprase más comida. Willy, un hombre bigotudo y callado, cuidaba de su rebaño de pescadores como el maestro veterano que se enfrenta a un aula llena de delincuentes juveniles. Pero accedió a la petición y mandó a un adolescente a buscar provisiones para llenar de nuevo la mesa.

Mientras esperaban el pollo asado y más Coronas frías, Alvarenga abrió la nevera de fibra de vidrio donde guardaba el cebo para salir a pescar al día siguiente. Los pescadores tenían pensado lanzar dos mil ochocientos anzuelos, razón por la cual habían llenado las neveras con kilos y kilos de sardina para utilizar a modo de cebo. Pero Chancha tenía hambre. «Pasarán aaaños hasta que llegue la comida», declaró con impaciencia, y cogió una sardina larga como su mano. El pez tenía la mirada vidriosa y la carne fría después de haber sido sometido a un proceso de congelación rápida con nitrógeno. Alvarenga cogió una tortilla del montón de más de un palmo de altura que se acumulaba en el centro de la mesa comunitaria donde comían siempre los pescadores. Dejó caer la sardina sobre la tortilla, la enrolló como un brazo de gitano y, consciente de que tenía público, le arrancó de un mordisco toda la cola. Con una sonrisa de oreja a oreja, empezó a masticar la sardina cruda medio congelada.

—Te vas a intoxicar —refunfuñó Willy.

—Ya se cocinará con los jugos gástricos —dijo riendo Alvarenga, preparando una segunda sardina.

Cuando llegó el pollo, los hombres comieron con ganas, bebieron más tragos de cerveza y arrojaron las latas a la laguna. No había peligro de conducir borrachos; muy pocos tenían coche. Y tampoco les servirían de mucho. Su mundo era el mar, su desplazamiento para ir al trabajo, el océano

Pacífico, por delante de la costa de México. Mientras que los hombres menos atrevidos se conformaban con pescar pargos y platijas en la laguna y los camaroneros se desplazaban a sólo veinte kilómetros de la costa para trabajar en los criaderos, los lobos de mar, aquellos tipos, ponían el motor en marcha y se iban mar adentro, mucho más allá de donde la costa se perdía de vista. No lanzaban las líneas hasta alejarse ochenta kilómetros de tierra, a veces ciento cincuenta. Se autodenominaban «los tiburoneros». Independientemente de que capturaran más atunes o dorados que tiburones, seguían cultivando aquella asociación con el predador más importante del océano. Entre la jerarquía de los pescadores, los tiburoneros eran la élite y estaban considerados por todo el mundo como hombres un poco locos. Tenían su propia jerga, sus propias bromas y cicatrices espeluznantes o ausencia de dedos que atestiguaban la brutalidad de la labor de la pesca diaria en alta mar a bordo de barcas minúsculas. Los tiburoneros ganaban más dinero. Y morían más jóvenes.